

Si el Cristo hablase...

por ANDRES SABELLA

Se han cumplido setenta años desde la erección del Cristo Redentor de los Andes, a cuya sombra crece la amistad chileno-argentina, desarrollada en obras de ventaja común y americana. Por cierto que esta amistad no nace, allí; viene de más lejos, de muchísimo más lejos. Las raíces nacionales de ambos pueblos se confunden en la historia. ¿A qué insistir en esto? El Cristo de los Andes vino sólo a destacar que chilenos y argentinos, prácticamente, viven con la conciencia de ser una sola tierra y que, como se lo dijimos al novelista Miguel Angel Speroni, "los Andes no tienen sino una cara". La cara de nuestras gentes unidas, de nuestras huellas y esperanzas.

Este monumento corresponde a la administración del Presidente Germán Riesco, (1901-1906), elegido en lucha contra Pedro Montt, quien consiguió llegar a la Moneda, apoyado, precisamente, por los que antes lo vencieron, exaltando a Riesco. ¡Oh, vaivenes imponderables de nuestra astuta política tradicional!

El Cristo Redentor si pudiese hablarnos, es posible que, de lo alto de Su majestad, nos dijese, tendiendo Su voz a todos los confines:

—"Chilenos y Argentinos, Americanos, Hombres del Mundo: aquí, están mis llagas y mi corona de espinas para recordarles que no las sufrí por mí, sino que por todos ustedes, para que por el conocimiento del amor lograsen la dignidad de existir, como hombres. ¿Qué habéis hecho por aliviar mis dolores de entonces y de ahora? Parado entre la nieve y la soledad andina, acariciado por el viento, dejo de ser un símbolo, para tornarme una palabra. ¡Oídla! Del mismo modo que en mí se juntan los caminos de dos patrias hermanas, ¿por qué no proseguir en la tarea de reunir las todas en mi corazón, para que todas florezcan en paz y en alegría?"

Es posible que el viento, enardecido por el Cristo, clamara porque los hombres se abrazasen, cantando su ternura. Es posible que la nieve y la soledad se acercaran a El, mendigándole amparo. ¿Y los hombres...?

En Argentina, se publicó, alrededor de 1930, una pequeña novela inspirada en un Cristo Gaucho. Era un libro muy conmovedor, porque a Jesús se lo sentía bastante cerca de nosotros. En los pasajes bíblicos, había una fuerza que nos estremecía más sustancialmente: era un Cristo, como el que, hoy, acriollaron en misas y estampas de penetrante emoción americana. Pedro Olmos, por esos años, pintaba "nacimientos" chilenucos, en los que sobresalían un Niño Jesús morenito, una Virgen María de finos rasgos campesinos y un San José con chupalla y ojotas.

Cuando celebramos los setenta años del Cristo Redentor de los Andes, María Flora Yáñez publica su novela "El Peldaño", dedicándola, de este modo: Al Alma Argentina que me fue dado penetrar a través de la amistad y comprensión de sus grandes escritores". Es una coincidencia entrañable: Chile y Argentina se encuentran en Cristo y en Espíritu.

Concluamos con Martín Fierro:

"Junta experiencia en la vida
hasta pa dar y prestar
quien la tiene que pasar
entre sufrimiento y llanto;
porque nada enseña tanto
como el sufrir y el llorar".

¡Harto ha sufrido y llorado el mundo, sin aprender la más simple de las lecciones! La del amor. ¡Apréndala, de una vez, para que la palabra hermano no se entinte en sangre del hermano!

De "El Mercurio" de
Antofagasta,
16 - III - 1974 -